

FOGWILL

Nació en Buenos Aires en 1941. Publicó: *El efecto de realidad* (poemas, 1979); *Las horas de citas* (poemas, 1980); *Mis muertos punk* (cuentos, 1980); *Música japonesa* (cuentos, 1982); *Los Pychy-ciegos* (novela, 1983); *Ejércitos imaginarios* (cuentos, 1983); *Pájaros de la cabeza* (cuentos, 1985); *Partes del todo* (poemas, 1990) y *La buena nueva* (novela, 1990). Es sociólogo, fue profesor universitario y periodista de temas político-culturales. Textos suyos integran diversas antologías publicadas en Cuba, México y Estados Unidos.

Sobre MUCHACHA PUNK

Muchacha punk fue escrito de un tirón, en tres horas, como al dictado de una voz –ajena–, al cabo de una noche de diciembre de 1978. Aunque estuve semanas corrigiéndolo, dudo que la última versión haya perfeccionado en algo lo que había ido desgranándose en aquella madrugada de calor. El relato venía sobrecargado de propósitos teóricos y abunda en guiños, anagramas, provocaciones al Estado policial de la época e insidias a escritores de moda. Como suele ocurrir, todo eso pasó inadvertido a los lectores y al jurado que le concedió el primer premio en el certamen más concurrido del año 1980. Paradojalmente, los auspiciantes del concurso –una fábrica de gaseosas– quisieron publicar este relato bajo el lema «cómo crean en libertad los jóvenes argentinos». Yo era argentino, pero ya no era joven y por entonces la noción de libertad me resultaba tan hueca y banal como ahora. Creo que el relato es elocuente al respecto. Por efecto de éste y otros textos contemporáneos más, yo, un hombre grande, comprometido en una carrera empresarial, terminé creyendo que era un escritor y que debía escribir y cambiar de oficio. Visto desde la perspectiva de la especie, puedo atribuir a *Muchacha punk* el origen de una trama de malentendidos y desgracias a la que la presente publicación viene a agregar un nudo.

F.

En diciembre de 1978 hice el amor con una muchacha punk. Decir «hice el amor» es un decir, porque el amor ya estaba hecho antes de mi llegada a Londres y aquello que ella y yo hicimos, ese montón de cosas que «hicimos» ella y yo, no era el amor y ni siquiera –me atrevería hoy a demostrarlo– era un amor: era eso y sólo eso era. Lo que interesa en esta historia es que la muchacha punk y yo nos «acostamos». Otro decir, porque todo habría sido igual si no hubiésemos renunciado a nuestra posición bípeda, integrando eso (¿el amor?) al hábitat de los sueños: la horizontal, la oscuridad del cuarto, la oscuridad del interior de nuestros cuerpos, todo eso.

Primera decepción del lector: en este relato soy varón. Conocí a la muchacha frente a una vidriera de Marble Arch. Eran las diez y media, el frío calaba los huesos, había terminado el cine, ni un alma por las calles. La muchacha era rubia; no vi su cara entonces. Estaba con otras dos muchachas punk. La mía, la rubia, era flacucha y se movía con gracia, a pesar de su atuendo punk y de cierto despliegue punk de gestos nítidamente punk. El frío calaba los huesos; creo haberlo contado. Marcaban dos o tres grados bajo cero y el helado viento del norte arañaba las caras en Oxford Street y Regent Street. Los cuatro –yo y aquellas tres muchachas punk– mirábamos esa misma vidriera de Selfridges. En el ambiente cálido que prometía el interior de la tienda, una

computadora jugaba sola al ajedrez. Un cartel anunciaba las características y el precio de la máquina: *1856 pounds*. Ganaban blancas, el costado derecho de la máquina. Las negras habían perdido iniciativa, su defensa estaba liquidada y acusaban la desventaja de un peón central. Blancas venían atacando con una cuña de peones que protegía su dama, repantigada en 4TR. Cuando las tres muchachas se acercaron era turno de negras. Negras dudaron quince segundos o tal vez más; era la movida 116 o 118, y los mirones —nadie a esas horas; por el frío—, habrían podido recomponer la partida porque una pequeña impresora venía reproduciendo el juego en código, y un gráfico, que la máquina componía en su pantalla en un par de segundos, mostraba la imagen del tablero en cada fase previa del desenvolvimiento estratégico del juego. Las muchachas hablaron un cockney que no entendí; se rieron y, sin prestarme la menor atención, siguieron su camino hacia el oeste, por Regent Street. A esas horas uno podía mirar todo a lo largo de la ciudad arrasada por el frío sin notar casi presencia humana, salvo las tres muchachas yéndose.

Cerca de Selfridges alguien debía de esperar un ómnibus, porque vi colarse una sombra en la garita colorada de esperar ómnibus y algún aliento nublar los cristales. Quizás el humano se hallase contra el vidrio, frotándose las manos, escribiendo su nombre, garabateando un corazón o el emblema de su equipo de fútbol; quizá no. Confirmé su existencia poco después, cuando un ómnibus rumbo a Kings Road se detuvo y alguien subió. Al pasar frente a nuestra vidriera, semivacío, pude ver que la sombra de la garita se había convertido en una mujer viejísima, harapienta, que negociaba su boleto en la plataforma.

Pocos autos pasaban, la mayoría taxis, a la caza de un pasajero, calefaccionados, lentos, diesel, libres. Pocos autos particulares: Daimlers, Jaguars, Bentleys. En sus asientos delanteros hombres graves, maduros, sensibles a las intermitentes señales de tránsito. A sus izquierdas, mujeres ancestrales, maquilladas de party o de opera gala, parecían supervisarlos. Un Rolls paró frente a mi vidriera de Selfridges y el conductor echó un vistazo a la computa-

dora (jugada 127, turno de blancas) y dijo algo a su mujer, una canosa de perfil agrio y aros de brillantes. No pude oírlo; las ventanillas de cristal antibalas de esos autos componen un espacio hermético, casi masónico: insondable. Poco después el Rolls se alejó tal como había llegado y en la esquina de Gloucester Road vaciló ante el semáforo, como si coqueteara con la luz verde que recién se prendía. Primera decepción del narrador: la computadora decretó tablas en la jugada 147. Si yo fuese blancas, cambiando caballo por torre y amenazando jaque en descubierto, reclamaría a negras una permuta de damas favorable, dada mi ventaja de peones y mi óptima situación posicional. Me fui con rabia: había dormido toda la tarde de aquel viernes y era temprano para meterme en el hotel. El frío calaba los huesos. Yo traía bajo los jeans un polar suit inglés que había comprado para un amigo que navega a vela en Puerto Belgrano y decidí estrenarlo esa noche para ponerlo a prueba contra el frío atroz que anunciaba la BBC. Sentía el cuerpo abrigado, pero la boca y la nariz me dolían de frío. Las manos, en los hondos bolsillos de la campera de duvet, temían tanto un encuentro con el aire helado que me obligaron a resistir la feroz jauría de ganas de fumar que aullaba y se agitaba detrás de la garganta, en mi interior. En mi exterior, las orejas estaban desapareciendo: tarde o temprano serían muñones, o sabañones, si no las defendía; intenté guarecerlas con las solapas de mi campera. Sin manos, con las puntitas de las solapas entre los dientes, así, mordiente y frío, entré en un taxi que olía a combustible diesel y a sudor de chofer, y una vez instalado en el goce de aquel tufo tibión, nombré una esquina del Soho y prendí un cigarrillo. Afuera, nadie. El frío calaba los huesos. El inglés, adelante, manejando, era una estatua llena de olor y sueño. Antes de bajar verifiqué que hubiesen taxis por la zona; vi varios. Pagué con un papel de cinco y sólo después de recibir el cambio abrí mi puerta. El aire frío me ametralló la cara. Las solapas, chorreadas de saliva, me herían la papada con sus globitos quebradizos de escarcha.

Vi poca gente en el barrio chino de Londres: como siempre,

algunos árabes y africanos salían rebotando de los tugurios porno. En una esquina, un grupo de hombres —obreros, pinches de vigilancia, tal vez algunos desgraciados sin hogar— se ilusionaban alrededor de un fueguito de leñas y papeles improvisado por un negro del quiosco de diarios. Caminé las tres o cuatro cuadras del barrio que sé reconocer y, como no encontré dónde meterme, en la esquina de Charing Cross abrí la puerta trasera izquierda de un taxi verde, subí, di el nombre de mi hotel y decidí que esa noche comería en mi cuarto una hamburguesa muy condimentada y una ensalada bien salada para fortalecer la sed que tanto se merece la cerveza de Irlanda. Lástima que la televisión termine tan temprano en Londres. Miré el reloj: eran las once; quedaba apenas media hora de excelente programación británica.

Conté del frío, conté del polar suit. Ahora voy a contar de mí: el frío, que calaba los huesos, desalentaba a cualquier habitante y visitante de la antigua ciudad, pues era un frío de lontananza inglesa, un frío hecho de tiempo y de distancia y —¿por qué no?— hecho también de más frío y de miedo, y era un frío ártico y masivo, resultante de la ola polar que venía siendo anunciada y promovida en infinitos cortos informativos por la radio y la televisión. En efecto, la radio y la televisión, los diarios y las revistas, y la gente, los empleados y los vendedores, los chicos del hotel y las personas que uno conoce comprando discos, no hablaban sino de la ola de frío y de la asombrosa intensidad que había alcanzado la promoción de la ola de frío que calaba los huesos. Yo soy friolento, normalmente friolento, pero jamás lo he sido tanto como para ignorar que la campaña sobre el frío nos venía helando tanto, o más aún, que la propia ola de frío que estaba desarrollándose sobre la semiobsoleta capital.

Yo estaba en la calle y no tenía ganas de volver a mi hotel, necesitaba estar en algún lado que no fuese mi cuarto, protegido cuidadosamente del frío y de cualquier referencia al frío. Entonces vi, dos cuadras antes del hotel, un local que días atrás me había llamado la atención. Era una pizzería llamada The Lulu, que no existía en mi último viaje. Yo recordaba bien aquel lugar por

que había sido la oficina de turismo de Rumania, en la que alguna vez hice unos trámites para mis clientes italianos. Desde el taxi leí el cartel que aseguraba que el boliche permanecía abierto, vi clientes comiendo, noté que la decoración era mediocre pero honesta y, de las mesas y las sillas de mimbre blanco, induje una prometedora noción de limpieza. Golpeé los vidrios del chofer, pagué 60 pence, bajé del auto y me metí en la pizzería.

Era una pizzería de españoles, con mozos españoles, patrones españoles y clientes españoles que se conocían entre sí y se gritaban —en español—, de mesa a mesa, opiniones españolas. Me prometí no entrar en ese juego y, en mi mejor inglés, pedí una botella de Chianti y una pizza de espinaca. El mozo, si ya había padecido un plazo razonable de exilio en Londres, me habrá supuesto un viajero del continente o un remoto nativo del Commonwealth, tal vez un malvinense. Yo traía en el bolsillo de la campera la edición aérea del diario *La Nación*, pero evité exponerla para no delatar mi carácter de hispanoparlante. El Chianti —embotellado en Argel— era delicioso: entre él y el aire tibio del local se estableció una afinidad que en tres minutos me redimió del frío. La pizza era mediocre, dura y desabrida. La mastiqué feliz, igual, leyendo mis recortes del *Financial Times* y la revista de turismo que dan en el hotel. Tuve más hambre y pedí otra pizza, reclamando que le echasen más sal. La segunda pizza vino mejor, pero el mozo me había mirado mal, tal vez porque me descubrió estudiando sus movimientos, perplejo a causa de la semejanza que puede postularse entre un mozo español de pizzería inglesa y cualquier otro mozo español de pizzería de París o de Rosario. He elegido Rosario para no citar tanto a Buenos Aires.

Masqué la pizza número dos analizando la evolución de los mercados de metales en la última quincena: un disparate. Los precios que los rusos y los nuevos ricos petroleros seguían inflando con su descabellada política de compras no auguraba nada bueno para Europa Occidental. Entonces aparecieron las tres muchachas punk. Eran las mismas que había visto en Selfridges. La mía eligió la peor mesa junto a la ventana; sus amigas la si-

guieron. La gorda, con sus pelos teñidos de color zanahoria, se ubicó mirando hacia mi mesa. La otra, de estatura muy baja y cara de sapo, tenía pelos teñidos de verde y, en la solapa del gabán, traía un pájaro embalsamado que me pareció un ruiseñor. Me repugnó. Por fortuna, la fea con pájaro y cara de sapo se colocó mirando hacia la calle, mostrándome tan sólo la superficie opaca y grasienta de su gabán. La mía, la rubia, se posó en su sillita de mimbre mirando un poco hacia la gorda y un poco hacia la calle: yo podía ver sólo su perfil mientras comía mi pizza y procuraba imaginar cómo sería un ruiseñor.

Un ruiseñor: recordé el soneto de Banchs. El otro tipo también decía llamarse Banchs y era teniente de corbeta o de fragata. Lo había cruzado muchas veces durante el año que estaba terminando. Esa misma mañana, mientras estaba tomando mi café, se acercó a hablarme de no sé qué inauguración de pintores, y yo le mencioné al poeta y él, que también se llamaba Banchs, juró que oía nombrar a Enrique Banchs por primera vez en su vida. Entonces comprendí por qué el teniente desconocía la existencia de los polar suits —al ver mi paquetito con el Helly-Hansen se había asombrado— y también entendí por qué recorría Europa derrochando sus dólares, tratando de caer simpático a todos los residentes argentinos y buscando colarse en toda fiesta en la que hubiese latinoamericanos.

Jamás vi un ruiseñor. Estaba por terminar la pizza; desde atrás me vino un vaho de musk. La más fea de las gallegas de la mesa del fondo volvía a su asiento. Vendría del baño; habría rociado todo su horrible cuerpo con un vaporizador de Chanel, o Patou, o alguna otra de las marquitas esas que ahora agregan musk a todos sus perfumes. ¿Cómo sería el olor de mi muchacha punk? Yo mismo, como el tal Banchs, me había condenado solo a averiguar y averiguar; faltaba bien poco para que finiquitara mi pizza y el asuntito de las cotizaciones de metales. Pero algo sucedía fuera de mi cabeza.

Los dueños, los mozos y los parroquianos, en su totalidad o en su mayoría españoles, me miraban. Yo era el único testigo de

lo que estaban viendo y eso debió de aumentar mi valor para ellos. Tres punks habían entrado en su local, yo era el único no español capaz de atestiguar que ocurría eso, que no las habían llamado, que ellos no eran punk y que la mala pizza y el excelente vino no eran desde ningún punto de vista algo que pudiera considerarse punk. Por eso me miraban.

Imposibilitado de mirar a mi muchacha —el gabán con pájaro embalsamado y cara de sapo me la tapaba cada vez más—, me concentré en mi pizza y en mi lectura, desatendiendo las miradas cómplices españolas. Al terminar pizza y lectura pedí la cuenta, fui al baño a pishar y a lavarme las manos y allí me hice una larga friega con agua calentísima. Miré contento en el espejo cómo se extendían los tonos rosados por mi cara. Habían vuelto a nacer mis orejas; fui feliz.

Al volver, un rodeo injustificable me permitió rozar la mesa de las muchachas y contemplar mejor a la mía: tenía hermosos ojos celestes casi transparentes y el ensamble de rasgos que más me gusta, esos que se suele llamar «aristocráticos», porque los aristócratas buscan incorporarlos a su progenie, tomándolos de miembros de la plebe, con la secreta finalidad de mejorar o refinar su capital genético hereditario. ¡Florecillas silvestres! ¡Cenicientas de las masas que engullirán los insaciabiles cromosomas del señor! ¡Se inicia en vuestros óvulos un viaje al porvenir soñado en lo más íntimo del programa genético del amo!

Es sabido: en épocas de cambio, lo mejor del patrimonio fisonómico heredable (esas pieles delicadas, esos ojos transparentes, esas narices «cinceladas» bajo sedosos párpados y encima de labios y encías y puntitas de lengua cuyo carmín perfecto titila por el mundo proclamando la belleza interior del cuerpo aristocrático) se suele resignar a cambio de una propiedad en Marruecos, la mayoría accionaria del Banco Mongo, una Acción Heroica en la guerra pasada o un Premio de Medicina, y así brotan narices chatas, ojos chicos, bocas chirles y pieles chagrinadas en los cuerpitos de las recientes crías de la aristocracia, obligando a las mejores familias aristocráticas a recurrir a las malas familias de la

plebe en busca de buena sangre para corregir los rasgos y restituir el equilibrio estético de las generaciones que catapultarán sus apellidos y un poco de ellas mismas a vaya a saber uno dónde, en algún improbable siglo del porvenir.

La chica me gustó. Vestía un traje de hombre arrugado, tres números mayor que su talle. De altura normal, no pesaría más de cuarenta y cuatro kilos. Su piel tan suave (algo de ella me recordó a Catherine Deneuve, algo de ella me recordó a Isabelle Adjani) era más que atractiva para mí. Calzaba botitas de astracán perfectas, en contraste con la rasposa confección de su traje de lana. Una camisa de cuello Oxford se le abría hasta la altura del busto mostrando algo que creí su piel y comprobé después que era una malla de gimnasta. Ella ni me miró.

Pero, en cambio, su amiga, la más gorda, la del pelo teñido de color naranja, venía emitiendo una onda asaz provocativa. No quiero decir sexual: provocativa, como buscando riña, como planificando un ataque verbal, como buscando una humillación, como habría mirado a un oficial de la policía inglesa. Así me miraba la gorda de pelo zanahoria. La mía, en cambio, no me miraba. Pero...

Pero tampoco miraba a sus acompañantes. Miraba hacia la calle vacía de transeúntes, con las pupilas extraviadas en el paso del viento. Así me dije: «Se pierde su mirada pincelando el frío viento de Oxford Street.» Era etérea. Esa nota, lo etéreo, es la que mejor habría definido a mi muchacha para mí, de no mediar aquellas actitudes y detalles punk, que lucía como al descuido, negligentemente punk. Por ejemplo: fumaba cigarrillos de hoja; los sostenía con el gesto exultante de un europeo meridional, pitaba fuerte el humo y lo tiraba odiosamente contra el cristal. Al pasar por su mesa había visto en sus manos una mancha amarilla, azafranada, de alquitrán de tabaco. ¡Jamás vi manitas sucias de alquitrán de tabaco como las de mi muchachita punk! El índice, el mayor y el anular de su mano derecha, desde las uñas hasta los nudillos, estaban embebidos de ese amarillo intenso que sólo puede conseguir algún gran fumador para la primera falange del

dedo índice, tras largos años de fumar y evitando lavados. Me impresionó. Pero era hermosa; tenía algo de Deneuve y algo de Adjani que en aquel momento no pude definir: me estaba confundiendo. Pagué la cuenta, eché las rémoras de mi Chianti en mi copa verde y, copa en mano —so very british, como un parroquiano confianzado de algún pub—, me apersoné a la mesa de las muchachas punk asumiendo los riesgos. Antes de partir había calculado mi chance: una en cinco, una en diez en el peor de los casos. Se justificaba. Voy a contarlo en castellano:

—¿Puedo yo sentarme?

Las tres punk se miraron. La gorda acariciaba su victoria: debió de creer que yo bajaba a reclamar explicaciones por sus provocativas miradas punk. Para evitar un rápido rechazo me senté sin esperar respuesta. Para evitar desanimarme eché un trago de vino a mi garguero. Para evitar impresionarme miré hacia arriba, expulsando de mi campo visual al pajarito embalsamado. La gorda reía. Mi muchacha punk miró a la de pelo verde, miró a la gorda, sopló el humo de su cigarro contra la nada, no me miró y, sin mirarme, tomó un sorbito de aquella mezcla de Coke y Chianti que estuvo preparando en la página anterior y que yo, en mi prisa por describirla, había olvidado mencionar. Habló la punk sapifacial, la del pájaro:

—¿Qué usted quiere?

—Nada, sentarme... Estar aquí, como una materia de hecho —dije, en cachuzo inglés.

Sin duda, mi acento raro acicateó los deseos de saber de la gorda:

—¿Dónde viene usted de?

La pregunta era fuerte, agresiva, despectiva.

—Sudamérica, Brasil y Argentina —dije, para ahorrarles una agobiante explicación que llenaría el relato de lugares comunes. Me preguntó si era inglés; se asombraba: «¿Cómo puede venir uno de Brasil y Argentina sin ser británico?», imaginé que había imaginado ella. ¿Sería un inglés?

—No. Soy sudamericano, lamento —dije.

—Gran campo, Sudamérica —ensoñó la gorda.

—Sí, allá lejos. Volveré mes próximo.

—Oh, sí. Yo veo —dijo la gorda, mirando fijo a cara de sapo, que hamacó su cabeza como si confirmase la más elaborada teoría del universo. Entonces habló por primera vez y sólo para mí mi Muchacha Punk. Tenía una voz deliciosa y tímbrica en este párrafo:

—¿Qué está usted haciendo aquí? —quiso saber su melodía verbal.

—Nada, tonteando alrededor —dije, y recordé un recurso que siempre funcionó bien con beatniks y con hippies y que pensé podría funcionar bien con punk. —Yo disfruto conociendo gente, entonces yo viajo. Conocer gente, ustedes saben, ¡gentel!, así como eso...

Funcionó: la carita de mi Muchacha Punk se iluminaba.

—Yo amo viajar también —fue desgranando sin mirarme—. Conozco Africa, India y los Estados. —(Se refería a USA.)— Yo creo yo conozco casi todo lugar en Tierra. ¡Yo no he estado nunca en Portugal! ¿Qué es Portugal parecido a? —me preguntó.

Compuse Portugal a su medida:

—Portugal es lleno de maravillas... Hay gente allí preciosamente interesante y bien buena. Se vive en un modo tan distinto al nuestro...

Y seguí así, y ella se fue envolviendo en mi relato. Lo noté por la incomodidad que comenzaban a mostrar sus amigas punk. Lo confirmé por esa luz que vi crecer en su carita aristocráticamente punk. Susurraba ella:

—Una vez mi avión aterrizó en Lisboa y quise yo bajar, pero no me permitían —dijo—: Encuentro la gente del aeropuerto de Lisboa unos sangrantes hijos de perra. ¿Es, no, eso, quiero decir, Lisboa, Portugal? —La duda tintineaba en su voz.

—Sí —adoctriné—, pero en todo aeropuerto es igual: son todos piojosos malolientes sangrantes hijos de perra.

—Como los conductores de taxi, así es como son —me interrumpió la gorda, sacudiendo el humo de su Players.

—Como los porteros de hotel, sucios hijos de perra —coincidió la pajarófora gorda sapifacial.

—Como los vendedores de libros —dijo la mía—. ¡Hijos de perra! —Y flotaba en el aire, etérea.

—Sí, seguro —dije yo, festejando el acuerdo que reinaba entre los cuatro. Entonces ocurrió algo imprevisto: la del pelo verde habló a la gorda.

—Hora de ir, dejemos a éstos hacer su cosa, eh —y desenrolló un billete de cinco libras que apoyó en el platillo de la cuenta, se paró y se marchó, arrastrando en su estela a cara de sapo. Bien había visto yo que ellas habían consumido diez o quince libras, pero dejé que se borrarán; eso simplificaba la narración.

—Bye, Borges —mi gritó cara de sapo desde la vereda, amagando sacar de su cintura una inexistente espadita o puñal; yo me alegré de ver tanta fealdad hundiéndose en el frío, y me alegré aún más pensando que asistía a otra prueba de que el prestigio deportivo de mi patria había franqueado las peores fronteras sociales de Londres. Pregunté a mi muchacha por qué no las había saludado:

—Porque son unas malolientes sangrantes hijas de perra. ¿Tú ves? —dijo mostrándome los billetitos de cinco libras que iba sacando de su bolsillo para completar el pago de la cuenta. Asentí.

Como un cernícalo que, a través de las nubes más densas de un cielo tormentoso, descubre los movimientos de su pequeña presa entre las hierbas, atraído por el fluir de las libras brotó un mozo muy gallego a su lado, frente a mí. Guiñó un ojo, cobró, recibió los pocos pence de propina que mi muchacha dejó caer en su platillo, y yo pedí otra botella de Chianti y dos de Coke y ella me devolvió un hermoso gesto: abrió la boca, frunció un poquito la nariz, alzó la ceja del mismo lado y movió la cabeza como queriendo devolver la pelota a alguien que se la había lanzado desde atrás.

Conjeturé que sería un gesto de acuerdo. Poco después, su manera golosa de beber la mezcla de vino y Coke acabó confir-

mándome aquella presunción: todo eso había sido un gesto de acuerdo.

Me contó que se llamaba Coreen. Era etérea: al promediar el diálogo sus ojos se extraviaban siguiendo el viento de la calle tras la ventana de la pizzería española de Graham Avenue. Tomamos dos botellas de Chianti, tres de Coke. Ella mezclaba esos colores en mi copa. Yo bebía el vino por placer y la Coke por la sed que me habían provocado la pizza, el calor del local y este mismo deseo de averiguar el desenlace de mi relato sobre la Muchacha Punk. La invité a mi hotel; no quiso, dijo:

—Si voy a tu hotel tendrás que pagar a ellos mi permanencia. Sinsentido —afirmó, y me invitó a su casa. Antes de salir pagamos en alcuotas todo lo bebido, pero yo necesito hablar más de ella. Ya escribí que tenía rasgos aristocráticos. A esta altura de nuestra relación (eran las doce y media, no había un alma en la calle, el frío inglés del relato calaba los huesos, argentinos, del narrador), mi deseo de hacerla mía se había despojado de cualquier esnobismo inicial. Mi Muchacha —Aristocrática o Punk, eso ya no importaba— me enardecía: yo me extraviaba ya en ese ardor creciente, ya era un ciego, yo. Ya era el cuerpo sin huellas digitales de un ahogado que la corriente, delatora, arrastraba boyando al fjord donde todo se vuelve nada. Pero antes, cuando la vi frente a mi vidriera de Selfridges, había notado detalles raros, nítidamente punk, en su tenue carita: su mejilla izquierda estaba muy marcada —no supe entonces cómo ni por qué— y el lado derecho de su cara tenía una peculiaridad: sobre el ala de su nariz se apoyaba —creí— una pieza dorada que, trazando una comba sobre la mejilla, ascendía hasta insertarse en una espiga de trigo, que también creí de metal dorado, afeando el lóbulo de su oreja a la manera de un arete de fantasía. Del tallo de esa espiga, de unos dos centímetros, colgaba otra cadena, más gruesa, que caía sobre su cuello libremente y acababa en la miniatura de la lata de Coke, de metal dorado y esmalte rojo, que iba y venía rozándole el rubio pelo, el hombro y el pecho, o golpeaba la copa verde provocando una música parecida a su voz, y algunas veces se de-

tenía sobre su hermosa clavícula blanca, curvada como el alma de una ballesta, armónica como un movimiento de tai-chi.

Durante nuestra charla supe que lo que había creído metal dorado era oro dieciocho quilates, y supe que lo que había creído un grano metálico de maíz de tamaño natural aplicado sobre el ala de su nariz era una pieza de oro sostenida por un mecanismo de cierre delicadísimo, que atravesaba sin pudor y enteramente el alita de su bella nariz. Ella misma me mostró el orificio, haciendo un poco de palanca con la uña azafranada de su índice, entre el maíz y la piel, para lucir mejor su agujerito en forma de estrella, de unos cuatro milímetros de diámetro. ¡Estaba chocha con su orificio! Lo que más temprano, en Oxford Street, me había parecido una marca en su mejilla izquierda era una cicatriz profunda, de unos tres centímetros de largo. Surcaban el tajo tres costuras bien desprolijas, trabajo de un aficionado o algún practicante de primer año más chapucero que el común de los practicantes ingleses de medicina en ausencia de sus jefes de guardia. Segunda decepción del narrador: la cicatriz de la izquierda, a diferencia de las cositas de oro, era falsa. La había fraguado un maquillador y mi Muchachita estaba ahora apenada, pues el trabajo comenzaba a deshacerse por la humedad y el frío, y necesitaba un service para recuperar el color y la consistencia originales.

Poco antes de irnos ella fue al baño. Al volver me sorprendió cavilando en la mesa:

—¿Cuál es el problema contigo? —preguntó—. ¿Qué estás tú pensando?

—Nada —contesté—. Pensaba en este frío maldito que arruina cicatrices.

Pero mentí: yo había pensado en aquel frío sólo por un instante. Después había mirado la calle que se orientaba hacia la nada, tratando de imaginar qué andaría haciendo la poca gente que, de cuando en cuando, producía breves interrupciones en la constancia de aquel paisaje urbano vacío. Toqué el cristal helado; olí después los bordes de la copa de ella, para reconocer su olor. Entonces me pregunté por qué cualquier ser humano que se des-

plazara por esas calles parecía encubrir a un terrorista irlandés llevando mensajes, instrucciones, cargas de plástico, equipos médicos en miniatura y todo eso que ellos atesoran y mudan, noche por medio, de sitio en sitio. «¿Por qué?», me preguntaba. «¿Por qué será?» Trataba de entender mientras mi Muchachita estaba pishando, o lavándose con agua tibia, y cuando tironeé apenas el hilito de tibieza de su imagen estalló en mil fragmentos una granada de visiones y asociaciones íntimas e intensas pero, por mías, por argentinas y por inconfesables, poco leales hacia ella. ¿Hay Dios? No creo que haya Dios, pero algo o alguien me castigó, porque cuando advertí que estaba siendo desleal e innoble con mi Muchachita Punk y sentí que en mi cuerpo —o en mi alma— empezaba a crecer la deliciosa idea del pecado, cruzó por la vidriera la forma de un ciclista. Lo vi pedalear suspendido en la noche y supe que ése era el hombre cuyo falso pasaporte francés ocultaba la identidad del ex jesuita del IRA que alguna vez haría estallar con su bomba de plástico el pub donde yo, esperando a algún burócrata del BAT, encontraría mi fin. Y entonces cerré los ojos, apreté los puños contra mis sienes hasta que vi pasar a mi Muchacha por la vereda del pub, y me vi salir, correr tras ella respirando el aire perfumado de abril en Londres y sentir, en el instante de alcanzarla, el estallido del pub, y ella me abrazaba y yo veía en sus ojos —dos espejos azules— que ese hombre abrazado a mi Muchacha Punk no era más yo sino el jesuita de cutis picado de viruela, y adiviné que pronto, entre pedazos de mampostería y flippers retorcidos, Scotland Yard identificaría los restos de un ignoto autor que jamás llegó a componer del todo la historia de su Muchacha Punk. Pero ella estaba ahora allí, de regreso del baño, escuchando mi frase:

—Nada. Pensaba en este frío maldito que arruina cicatrices.

E inclinaba la cabeza (¡chau, irlandeses!), me clavaba sus espejos azules y decía «gracias», que, en medio de la noche inglesa fue como si agradeciera mi solidaridad —yo, contra el frío, luchando en pro de la conservación de su preciosa cicatriz—, y tam-

bién que yo fuese yo, tal como era, y que la fuese construyendo a ella tal como fue, como la hice, como la quise yo.

Debió de advertir mis lágrimas. Me justifiqué:

—Tuve la gripe. Además, el frío me entristece. —Y dije, ya sin lágrimas: —¡Vayamos al hotel!

—Nada de hotel —dijo ella. La historia se repite.

No insistí. Entonces no sabía —y sigo sin saber— cómo puede alguien imponer su voluntad a una muchacha punk. Salimos al frío; calaba los huesos. Ni un alma por las calles. Llamé a un taxi; no paró. Pronto se acercó otro; se detuvo y subimos. Olía a transpiración de chofer y a gas oil. Mi Muchacha nombró una calle y varios números. Imaginé que viviría en un barrio bajo, en una pocilga de subsuelo o un helado altillo, que compartía el cuarto con media docena de punks malolientes y drogados que, a esa altura de la noche, se arrastrarían por el suelo disputándose restos de comida o una hipodérmica sin esterilizar que habría circulado entre ellos con la misma arrogante naturalidad con que nuestros gauchos chupan sus piorreicas bombillas de mate frío y lavado. Me equivoqué. Ella vivía en un piso paquetísimo, frente a Hyde Park. En la puerta del edificio decía *Shadley House*. En la puerta de su departamento —doble batiente, de bronce y lujuria— decía *R. H. Shadley*.

—Es la casa de mi familia —dijo, humilde, mi Punk y pasamos a una gran recepción. A la derecha, la sala de armas con trofeos de caza y numerosas armas largas exhibidas en las paredes junto a otras, más medianas, en vitrinas de cristal. A la izquierda había un salón tapizado con capitoné de raso oscuro que brillaba a la luz de tres arañas de cristal, grandes como Volkswagens. El pasillo de entrada desembocaba en un salón de música donde sonaban voces. Al pasar por la puerta ella gritó «hello» y una voz le devolvió en francés una ristra de guarangadas. Detrás pasaba yo, que escuché, memoricé nuestra oración «queterrecontra» y, con una mirada relámpago, busqué la boca sucia y gala en el salón. No la identifiqué. En cambio, vi dos pianos, una pequeña tarima de concierto, varios sillones y dos viejos sofás enfrentados. Entre

ellos, sobre almohadones, media docena de punks malolientes fumaban hachís disputando en francés por algo que no alcancé a entender. Un negro desnudo y esquelético yacía tirado sobre la alfombra purpúrea. Por su flacura y el color verdoso de su piel me pareció un cadáver, pero después que vi sus costillas moviéndose espasmódicamente me tranquilicé: epilepsia. Imaginé que el negro punk estaría muriéndose de frío en sus sueños, pero no sería yo quien abrigase a un punk en esa noche de perros, estando él reventado de droga punk entre tantos estúpidos amigos punk.

Copamos la cocina. Mi Muchacha me dijo que los batracios del salón de música eran «su gente» y, mientras trababa la puerta, me explicó que estaban enculados —*pissed off*, dijo— con ella porque les había prohibido la entrada en la cocina. Ellos argumentaban que era una «perra mezquina», creyendo que la veda obedecía a un deseo de impedir depredación en heladeras y alacenas, pero el motivo real eran las quejas y temores de los sirvientes de la casa, que en varias oportunidades se habían topado con punks semidesnudos que comían con las manos en un área de la casa que el personal consideraba propia desde hacía tres generaciones y en la que siempre debían reinar las leyes del Imperio. Ese día había recibido nuevas quejas del ama de llaves pues uno de los punks, el marroquí, había estado toqueteando las armas automáticas de la colección y, cuando el viejo mayordomo lo reprendió, el punk le había hecho oler una daga beduina que siempre llevaba pegada con cinta adhesiva en su entrepierna. Coreen estaba entre dos fuegos y muy pronto tendría que elegir a sus amigos o a la servidumbre de la casa. Vacilaba:

—Son unos malolientes sangrantes hijos de perra —me dijo, refiriéndose a los dos franceses, al marroquí, al sudanés y al americano, quien además, me contó, tenía «costumbres repugnantes». No pude saber cuáles, pero me senté en un banquito a imaginar posibilidades punk, mientras ella filtraba un delicioso café con canela y me contaba que aquel departamento había sido de los abuelos de su madre, que era crítica de arte en Nueva York. El padre, veinte años mayor, se había casado por conveniencia,

adoptando el apellido de la mujer cuando lo nombraron caballero en recompensa por sus servicios de espía, o policía, en la India. Vinculado a la compañía de petróleo del gobierno, el viejo había hecho una apreciable fortuna y ahora pasaba sus últimos años en Africa, administrando sus propiedades. Mi Muchacha Punk lo admiraba. También admiraba a su madre. No obstante, al referirse a las relaciones de los viejos con ella, puntualizó varias veces que eran unos «malolientes hijos de perra». Creí entender que había un Banco encargado de los gastos de la casa, los sueldos de los sirvientes y choferes y las cuentas de alimentos, limpieza e impuestos, y que las dos muchachas —la mía y su hermana— recibían cincuenta libras semanales. «Cerdos malolientes», había vuelto a decir, tocándose la cicatriz y explicando que el service —que, debido a la humedad, debía hacerse semanalmente— le costaba veinticinco libras, y que así no se podía vivir. Quiso saber mi opinión. Yo preferí no tomar partido por sus padres, pero tampoco comprometerme dando a su posición un apoyo que, a mí, moralmente, no me parecía merecer. Entonces la besé.

Mientras bebíamos el café mi Muchacha salió a arreglar algunos asuntos con sus amigos. Aproveché para mirar un poco la cocina: estábamos en un cuarto piso, pero uno de los anaqueles se abría a un sótano de cien o más metros cuadrados, que oficiaba de bodega y depósito de alimentos. Había jamones, embutidos, ciento cuarenta y cuatro cajas con latas de bebidas sin alcohol y conservas. Vi cajones de whisky y champagne de varias marcas. Contra la pared que enfrentaba mi escalera dormían millares de botellas de vino, acostadas sobre pupitres de madera blanca muy suave. Calculé un stock de alimentos suficiente para que una familia entera y sus amigos argentinos sitiados pudiese resistir durante seis lunas el asedio del invasor normando hasta la llegada de los ejércitos libertadores del rey Carlos. Cuando ya avanzaban los atacantes, obligándonos a lanzar nuestras últimas reservas de granito con la gran catapulta de la almena oeste, reapareció mi princesita punk que, repuesta ya del fragor del combate, optó por trabar la

puerta de la cocina con dos vueltas de llave y me miró con carita de disculpa.

Yo dije, por decir, que me parecía justificado el temor de los sirvientes. «Nunca se sabe», dije en español, y le aclaré en inglés que «Tú nunca sabes». Ella se encogió de hombros y dijo que sus amigos eran capaces de cualquier cosa, «como pobre viejo Charlie». Quise saber quién era «pobre viejo Charlie» y ella me contestó un pariente que se había hecho famoso cuando arrancó las orejas de una bebita en Gilderdale Gardens, que ahora envejecía olvidado en un asilo cercano a Dondall, fingiéndose loco, para evitar una condena.

Entonces volvió a preguntar mi nombre y el de mis padres y se rió. También volvió a hablarme de su cicatriz, que había costado cincuenta libras: el monto de su pensión semanal, «como una materia de hecho». El Banco le liquidaba cincuenta libras por semana a mi Muchacha y otras tantas a su hermana mayor, pero el maquillaje requería service. (Estoy seguro de haberlo escrito ya, pero ella volvía a contármelo y yo soy respetuoso de las decisiones de mis protagonistas. El arte, pienso, debe testimoniar la realidad para no convertirse en una torpe forma de onanismo, ya que las hay mejores.) Necesitaba, entonces, service la cicatriz, y además le impedía a Coreen la práctica del esquí acuático y la natación. Mi Muchacha adoraba el esquí acuático y las largas estadías al aire libre en épocas de humedad. Eso me dijo y me invitó con un joint. Lo rechacé porque había bebido mucho, me sentía ebrio de planes y no quería que una caída súbita de mi presión los echara a perder. Mi Muchacha empapaba el papel de fumar con un líquido untuoso que guardaba en la miniatura de Coke de su colgante de oro. «Aceite de heroína», explicó. Había sido adicta, y ese juguito que impregnaba el papel y la yerba tranquilizaba sus deseos. Hacía un año que había abandonado el hábito, y temía recaer en los pinchazos que habían matado a sus mejores amigos, en París. Quería curarse y salir de aquello porque su pensión no le alcanzaba para solventar un hábito así: ya bastantes problemas le traía el service de su maquillador. Des-

pués volvió a dejarme solo en la cocina, fue al baño y yo robé del sótano una caja de queso camembert y, a medida que me lo iba comiendo con una cuchara de madera, hice una recorrida por las dependencias de la cocina: arte testimonial.

Amén de varios hornos verticales y un gran hogar revestido de barro para hacer pan, en la sala contigua tenían una máquina de asar eléctrica, con un spiedo que mediría tres metros de ancho por uno de circunferencia. Calculé que un pueblo en marcha hacia la liberación podría asar allí media docena de agentes de la CIA disfrazados de mormones ante un millar de fervientes aborígenes desesperados por su alícuota de dulzona carne de espía mormón rotí. Más allá de la sala estaba el depósito de tubos de gas, leñas, carbón y especias. Olía a ajo el lugar, pero no vi ajo sino ramas de laurel y bolsas de yute con hierbas aromáticas que no supe identificar. ¿Romero? ¿Kelpsias? ¿Peter Nolllys? Vaya uno a distinguir las sofisticadas preferencias de esos maniáticos magnates británicos.

Cuando Coreen, mi adorable Muchacha Punk, dueña y señora de la casa ya, volvió del baño y trabó la puerta, de los salones seguían llegando las barbaridades que gritaban sus amigos. Ignoro lo que habrán dicho ellos, pero mi Muchacha dijo que eran unos sangrantes hijos de perra y prendió otro joint con la brasa de mi 555, y nos fuimos con él a apestar el dormitorio de su hermana, donde dormiríamos, pues el suyo venía desordenado de la tarde anterior.

El pasillo que llevaba a los cuartos estaba custodiado por grandes cuadros que parecían de firma. Reparé en el piso: listones de roble enteros que se extendían a lo largo de quince o veinte metros. Sin alfombra ni lustre alguno, la madera blanca repulida me evocó la cubierta de aquellos clippers que se hacía construir la pandilla de nobles que rodeaba a Disraeli, para irse de vacaciones a Gibraltar. El cuarto de la hermana era amplio y estaba sobriamente alfombrado: en un rincón había una piel de tigre, en otro una de cebra Viel y, por ahí, varias pieles gruesas que supuse serían de algún lanar exótico, pues eran más grandes

que las pieles de oveja más grandes que han visto o imaginado mis ojos, con o sin joints embebidos en sustancias oleaginosas.

Nos acostamos. Tercera decepción del narrador: mi Muchacha Punk era tan limpia como cualquier chitrula de Flores o Belgrano R. Nada previsible en una inglesa y en todo discordante con mis expectativas hacia lo punk. ¡Y las sábanas! Eran más suaves que las del mejor hotel que haya conocido en mi vida. Yo, que por mi antigua profesión solía camuflarme en todos hoteles de primera clase y hasta he dormido —en caso de error en la reserva, que así trataban los gerentes de reparar— en suites especiales para noches de boda o huéspedes VIP, nunca sentí en mi piel texturas tan suaves como las de esas sábanas de seda, que olían a capullitos de bergamota en vísperas de apertura de sus cálices. Tercera decepción del lector: jamás me acosté con una muchacha punk. Peor: jamás vi muchachas punk, ni me fueron franqueadas las puertas de residencias tan distinguidas, ni estuve en Londres. Puedo probarlo: desde marzo de 1976 no he vuelto a hacer el amor (con otras personas. Ella se fue. Se fue a la quinta. Nunca volvió. Jamás volvió a llamarme. La franquean otros hombres. Ha olvidado; creo que me ha olvidado).

Cuarta decepción del narrador: no diré que era virgen, pero sí más torpe que la peor muchacha virgen del barrio de Belgrano o Parque Centenario. Al promediar eso (¿el amor?) se puso a declamar la letanía bien conocida por cualquier residente o asiduo visitante a Londres: «Aim camin, aim camin, aim camin, aim camin.» Así gritaba, sustituyendo los conocidos «Ai voi, ai voi, ai voi, ai voi» de las pebetas de mi pago, que sumen al varón en el más turbado pajar de dudas sobre la naturaleza de ese sitio sagrado hacia el que dicen ir las muchachas del hemisferio sur y del que creen venir sus contrapartes británicas. Pero uno hace todo esto para vivir y se amolda. ¡Vaya si se amolda! Por ejemplo:

Después se durmió. Habrá sido el vino, o las drogas, pero ella se durmió sonriendo y su cuerpo fue presa de una prodigiosa blandura. Miré el reloj: eran las cinco y media de la mañana y no

podía pegar un ojo, tal vez a causa del café, o de lo que agregamos al café. Revisé los libros que se apilaban en la mesa de luz de la hermana de mi Muchacha Punk. Buena literatura: Blake, Sollers, Woolf, ¡Cortázar en inglés! (Había que ver lo que parece, en una de esas camas señoriales, el finado Cortázar trasladado al inglés.) Había manuales de física y varios ejemplares de revistas de ciencias naturales y teoría de los sistemas. Separé algunas para informarme de esa teoría que yo desconocía y que justificaba una publicación mensual que ya iba por el número ciento treinta y cuatro. Las miré. Interesante: enriquecería mi conversación por un tiempo. Estaba en eso cuando entró la hermana de mi Muchacha Punk con el novio. La chica dijo llamarse Diane. Era naturalista, marxista, estudiaba biología, odiaba las drogas, despreciaba a los punks y no tomó nada bien que nosotros estuviésemos acostados en su cuarto. Pero disimuló. Cuando le hablé su expresión se hizo aún más severa, como reprochando que un ser desnudo se dirigiese a ella, desde su propia cama, en un inglés tan choto.

No le gusté y no supo disimularlo más. En cambio, el novio me mostró simpatía. Era estudiante de biología, marxista, odiaba profundamente a los punks y manifestó un intenso desprecio hacia las drogas y sus usuarios. Creo que, de no haber mediado el episodio del encuentro y la irritación de su novia, hubiéramos podido entablar una provechosa amistad. Me convidaron con una fruta, algo muy delicioso, parecido al níspero y muy refrescante, que erradicó de mis encías el sabor de Coreen. Ella, a pesar de nuestra conversación en voz muy alta, mis gritos angloargentinos, las carcajadas del novio y los mendrugos de risa que algunos de mis chistes lograron de la bióloga, no despertó.

Dije a los chicos que me vestiría para partir, que me esperaban en mi hotel. Ellos dijeron que no era necesario, que siempre dormían en el piso por motivos higiénicos y que yo podía seguir leyendo, pues «la luz de la luz no nos molesta». Así dijeron. Se desnudaron, se echaron sobre una piel de oso y se cubrieron hasta los ojos con una manta hindú. De inmediato entraron en

un profundo sueño. Los miré dormir y respirar a un mismo ritmo, boca arriba y agarraditos de las manos. Yo no podía dormir; apagué la luz de la luz y estuve un rato velando el contraste entre las respiraciones de la pareja y la de Coreen, más fuerte y de ritmo más que sinuoso. Prendí la luz y miré el reloj: eran las siete, pronto amanecería. Acaricié el pelo de mi Muchacha Punk, su carita, sus lindísimos hombros y sus brazos, y estuve a punto de hacerle el amor una vez más, pero temí que un movimiento traicionero pudiese despertarla. Aproveché para examinar su piel delicada y suave. Nada punk; muy aristocrática la piel de mi Muchacha. Le estudié bien el agujerito de la nariz: medía quizá seis milímetros de ancho y formaba una estrella de cinco puntas. ¿O eran cinco milímetros y una estrella de seis puntas?

Nunca lo volveré a ver. Para esta historia basta consignar que estaba dibujado con precisión y que debió de ser obra de algún cirujano plástico que habrá cobrado no menos de quinientos pounds de honorarios. Miré la cicatriz en la mejilla izquierda de mi Muchacha: había perdido más color y estaba apelmazada por el roce abrasivo de mi barba de dos días. Me apenó imaginar que, la tarde siguiente, al despertar, mi Muchacha Punk me guardaría rencor por eso. Escribí en un papelito que el service quedaba a mi cargo y lo dejé, junto con un billete de cincuenta libras que tan barato había comprado en Buenos Aires, dentro de su botita de astrakán. Así asumía mi responsabilidad y así no tendría que esperar otra semana para poner su cicatriz a cero kilómetro. Actué como hombre y como argentino. Y, aunque nadie atine nunca a determinar qué espera un punk de la gente, yo no podía permitir que mi Muchachita se amargase y anduviera por todas las discotecas de Londres insinuando que todos nosotros somos unos malolientes hijos de perra que arruinamos sus cicatrices y no pagamos el service, desmereciendo aún más la ya horrible imagen de mi patria que inculcan a los jóvenes europeos desde hace un tiempo.

Me vestí. Al dejar el cuarto apagué las luces. Para salir destrabé la cerradura de la cocina, pero volví a cerrarla y deslicé la

llave por debajo de la puerta. Los punks seguían peleando: el africano reprochaba a los otros no haberlo despertado para la cena. Otro lloraba; creo que era el francés. Después oí unas sílabas rarísimas: holandés, seguramente. Gracias a Dios, no me vieron. Encontré un taxi no bien salí a la calle, fría como una daga rusa olvidada por un geólogo ruso recién graduado en la heladera de un hotel próximo a las obras suspendidas del Paraná Medio.

La tarde siguiente leí en *The Guardian* que durante la noche habían muerto catorce vagabundos a causa del frío, estirando sin rencor sus veintitantas patas inglesas en pleno corazón de Londres. Hicieron no sé cuántos grados Fahrenheit; calculo que serían unos diez grados bajo cero, penique más, penique menos. En el hotel me di un baño de inmersión calentito. Con el agua hasta la nariz leí en la edición internacional del *Clarín* las hermosas noticias de mi patria. Quise volver. Al día siguiente volé a Bonn y de allí a Copenhage. Al cuarto día estaba lo más campante de vuelta en Londres. No bien me instalé en el hotel quise encontrar a mi Muchacha Punk. No tenía su teléfono; su nombre no figuraba en la guía de la ilustre ciudad. Corrí a su casa. Me recibió amistosamente Ferdinand, el novio de la hermana: mi Muchacha estaba en Nueva York visitando a la madre; de allí saltaría a Zambia a reunirse con el padre. Volvería recién a fines de abril, y él no me invitaba a pasar porque en ese momento salía para la universidad, donde cursaba sus clases de citología. Tipo agradable, Ferdinand: tenía un Morris blanco y negro que manejaba con prudencia en medio de la rush hour de aquel atardecer de invierno. Se mostró preocupado porque hacía un año que le venía fallando la luz de giro del autito. Le sugerí que revisara el fusible. Rumió un rato mi hipótesis y finalmente concedió:

—No sé, tal vez tengas razón.

Me dejó en Victoria Station, donde yo debía comprar unos catálogos de armas y unos artículos de caza mayor para mi gente en Buenos Aires. Nos despedimos afectuosamente. El armero de Aldwick era un judío inglés de barba con rulos y trenzas negras, lubricadas con reflejos azules. Entre él y el librero de Victoria

Embankment acabaron de estropearme la tarde con su poca colaboración y su velada censura a mi acento. El judío quiso saber mi procedencia; el paquistaní me preguntó de dónde yo venía de. Contesté en ambos casos la verdad. ¿Iba a andar con remilgos y tapujos cuando más precisaba su colaboración? ¿Qué habría hecho otro en mi lugar? ¡A muchos querría ver en una situación como la de aquel atardecer tristísimo de invierno inglés!

Oscurecía. Inapelable, se nos venía la noche encima. Cuando oyó la palabra «Argentina» el armero judío hizo un gesto con las manos: las extendió hacia mí, cerró los puños, separó los pulgares y movió los codos describiendo un círculo con los extremos de sus dedos. No entendí bien, pero supuse que sería un ademán ritual vinculado a la manera de bautizar de ellos. En cuanto al paquistaní, cuando le dije «Buenos Aires» arregló su turbante violeta y adoptó una pose de danzarín griego, tipo Zorba. ¿O sería una pose de danza folklórica de su tierra? Giró en el aire, chistó rítmicamente, palmeó las manos y cantó muy desafinado la frase: «Cidade maravilhosa, plena dincantos mil», con la melodía de la opereta *Evita*. Después se tocó el culo con las manos, aplaudió y se quedó mirándome con sus dientes perfectos de marfil. Sentí envidia: deseé que muriera, pero no se murió. Entonces le sonreí argentinamente y él sonrió a su manera y yo miré el pedazo visible de Londres tras el cristal de su vidriera: pura noche era el cielo. Debía partir; mostré mi reloj para apurarlo. No era antipático aquel mulato hijo de mala perra pero, como todo propietario de comercio inglés, era petulante y achanchado: tardó casi una hora para encontrar un simple catálogo de Webley & Scott. ¡Así les va!